

EL SONIDO TRECE Y ALLAN POE

RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Para decirlo con palabras coloquiales, las ideas andan sueltas igual que diablillos que van y vienen saltando de un sitio al otro. Tal vez las ideas no se inventan sino que se descubren, se sienten, se perciben. El hecho es que más allá de las artes y ciencias conocidas (digo conocidas porque me acuerdo de que Giordano Bruno pregonaba infinidad de mundos o universos, desperdigados entre las galaxias y habitados por seres inteligentes capaces de tener artes y ciencias que nuestra imaginación ni siquiera concibe) hay una fuente generadora, inagotable, de donde manan las ideas que creemos equivocadamente inventar. Y es así como podemos tender puentes de unión, finos vasos comunicantes, por ejemplo, entre la literatura y la música, o entre la música y la pintura, o entre la escultura y la música, o entre el derecho y la literatura (lo cual es mucho más frecuente de lo que suponen los ignorantes e insensibles), o entre... ¿Para qué seguir? La enumeración no tiene límite.

Así las cosas y en mis andanzas literarias – lecturas a veces sueltas y a veces ordenadas, en ocasiones cargadas de frenesí poético y en otras de rutina de investigador– me topé un día con un formidable cuento de Edgar Allan Poe: *El Diablo en el Campanario*. Al comienzo del mismo aparece a manera de epígrafe una locución antigua que dice así: “¿Qué hora es?” Su profundidad



Edgar Allan Poe
(1809-1849)

estremece. Podríamos contestar que son las siete de la tarde. Pero... ¿son en realidad las siete o se trata de un número convencional? ¿Es ésa la hora? ¿Qué hora es? Yo leí por primera vez este cuento hace más de cincuenta años y hoy lo releo en una magnífica edición (1). Y como el anotador no le hace a esta narración ningún comentario, yo me atrevo a hacerlo por si de algo sirve. En primer lugar hay que tener en cuenta que la narración del caso describe sitio, cosas, circunstancias y personajes dentro de un orden que es en rigor armonía, ritmo y hasta melodía ubicados perfectamente en un determinado tiempo y espacio. O sea, todo es aquí impecable. Se trata del lugar más bello del mundo, el pueblo holandés de *Vondervotteimittiss*, o del que por lo menos lo fue hasta el terrible desenlace que nos narra Allan Poe. Nombre del pueblo obviamente inventado conforme a la desbordada imaginación del escritor. Un dato sorprende y revela en parte el prodigioso sortilegio imaginativo del autor. Leo: “La fecha –me está permitido hablar así–, habida

cuenta de su prodigiosa antigüedad (la del pueblo), no puede ser menos que una cantidad determinable cualquiera.” Y me digo yo: ¿cómo entender la unión de dos conceptos aparentemente disímiles, el de la prodigiosa antigüedad (la del pueblo) y el de la fecha que no puede ser menor que una cantidad determinable cualquiera? Lo que pasa es que en tales condiciones **Vondervotteimittiss** queda envuelto en una bruma mágica impenetrable, por supuesto muy a la manera de Allan Poe.

Ahora bien, igual que un Bruegel el Viejo o que un Bosco el escritor se deleita con la descripción de cosas sorprendentes, extrañas, que se podrían identificar como estafalarias pero que en rigor son como si el tiempo estuviera encerrado en un fantástico y complejo espacio geométrico. Es el hechizo de la palabra literaria unida por el misterio del mundo y del universo. Hay relojes solares, coles, hombres viejos y mujeres viejas vestidos ambos de manera extraña e irreal. Los habitantes del pueblo parecen estar obsesionados por la hora, por la medición exacta, matemática, del tiempo. Nada se desacomoda mientras ellos se arrellanan en sus cómodas poltronas forradas de cuero. El meticuloso tictac del reloj acompaña y dirige, coordina, sus vidas. La inalterabilidad es el signo de ellas. Gatos en cuyas colas está atado un relojillo de cobre dorado de repetición. Nada



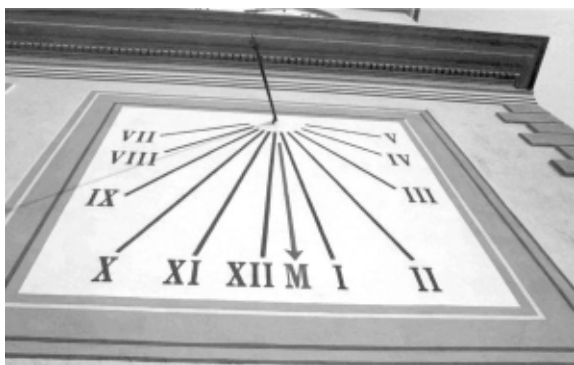
se mueve más allá de ese orden geométrico preconcebido. **Vondervotteimittiss** ha existido siempre. Poe dice: “El más viejo hombre del lugar no recuerda ni la más leve diferencia en el aspecto de una parte cualquiera de él, y, en realidad, la simple sugestión de tal posibilidad sería considerada como un insulto.” En la vida social esto se llama apoltronamiento burgués, en el arte (literatura, música, pintura) responde al nombre de inmutabilidad creadora. Los hombres fuman pipa y echan humo en abundancia. El pueblo entero ha tomado tres importantes acuerdos, que son: “Es un crimen alterar el buen viejo ritmo de las cosas”, “No existe nada tolerable, excepto **Vondervotteimittiss**” y “Juramos eterna fidelidad a nuestros relojes y a nuestras coles”. Poe dice que hay un objeto al que todos miran y ven, “por lo menos con uno de sus ojos decididamente fijo en él.” “Este objeto –escribe– está situado en el campanario del Ayuntamiento. Los miembros del Consejo –continúa– son todos unos hombrecillos achaparrados, adiposos e inteligentes, con ojos gruesos como salchichas y enormes papadas.” ¿De qué objeto se trata? Del orgullo y maravilla del pueblo, del reloj en el campanario. Y el hecho es que cuando el voluminoso mazo del reloj marcaba las doce, todos los habitantes del pueblo abrían simultáneamente sus gargantas y respondían como un solo eco: “¡Las doce!” Y Poe hace de las palabras duendes traviosos que dibujan sorprendentes figuras entre los intersticios del tiempo. Por ejemplo, dice: “En resumen, los buenos burgueses estaban encantados con su **sauerkraut** (col ácida y fermentada), pero orgullosos de su relojes.”

Yo tengo para mí que el conformismo, que suele llevar hasta una triste y resignada apatía, es la rutina de la existencia. Los habitantes más sabios del pueblo habían aceptado y comprobado un proverbio según el cual “nada bueno puede venir de allende las colinas.” Y que conste, se conformaban con lo que eran, con lo que tenían, con lo que hacían.

Abro aquí un paréntesis. Julián Carrillo, a sus veinte años de edad era alumno de física, acústica y matemáticas del Doctor Francisco Ortega Fonseca y fue entonces cuando advirtió que al doblar cada cuerda del violín por la mitad ésta daba cada vez una octava superior. Después dividió ya no una cuerda completa sino la distancia entre las notas

la y sol, encontrando así en ese intervalo 16 sonidos distintos. En los años posteriores logró obtener 4,640 sonidos nuevos en la octava, de lo cual resultaron 37,120 en las 8 conocidas; y a este descubrimiento lo llamó sonido 13 porque hasta entonces sólo se manejaban 12. En tal virtud anunció el **infinito musical** donde pueden existir tantos sistemas musicales cuantos números hay. Un dato importante al respecto es que en 1927 el gran director de orquesta Leopold Stokowsky ejecutó en el **Carnegie Hall** de Nueva York un concertino de Carrillo, siendo que en 1913 ambos dirigieron la Orquesta Sinfónica del Sonido 13. Lo cierto es que Julián Carrillo, de acuerdo con muchos conocedores en la materia, reformó la teoría musical y físico musical creando una escritura numérica de sorprendente sencillez capaz de representar cualquier intervalo musical en la octava. Me vuelvo a acodar de Giordano Bruno quien pregonaba infinidad de mundos o universos, desperdigados entre las galaxias y habitados por seres inteligentes capaces de tener artes y ciencias que nuestra imaginación ni siquiera concibe.

¡Las doce! Hasta allí hemos llegado, las doce del día o de la noche. No hay más. Sería inconcebible que en el reloj sonaran trece campanadas. Una locura, un desatino. “En la torre del campanario –escribe Poe– “está empleado un hombre cuya sola misión consiste en cuidar de la misma; pero tal función es la más perfecta de las sinecuras, porque desde tiempos inmemoriales el reloj de **Vondervotteimittiss** jamás ha necesitado de sus servicios. Hasta estos últimos días –añade–, la simple suposición de semejante cosa era considerada como una herejía”. Lo cierto



es que en los viejos archivos de la ciudad constaba de manera específica que desde los más antiguos tiempos las horas habían sonado regularmente en la gran campana y lo mismo sucedía con todos los demás relojes grandes o pequeños de la aldea. ¿Qué era esto? La armonía, el ritmo, la melodía. ¡La perfección! ¿Qué es la perfección? Lo que encaja en un ritmo exacto de la vida, de la existencia, del mundo. Stefan Zweig, el gran escritor austriaco de raza judía que profesó el humanismo liberal, describe esa perfección en un libro admirable intitulado **El Mundo de Ayer**, anterior a la Gran Guerra mundial 14–18. Libro de nostalgia y remembranza, de pureza histórica, de nítida espontaneidad literaria. Nada que ver con la burguesía acomodada muellemente en cómoda poltrona. Nada. Tampoco es conservadurismo decimonónico. Es en cambio amor a la perfección. Es una especie de **proporción áurea** aplicada a todo lo visible y hasta invisible. Es una transposición de las artes visuales a la existencia. **Proporción áurea** aquella que geométrica y algebraicamente corresponde a la partición asimétrica más lógica y más importante a causa de sus propiedades matemáticas y estéticas, razón por la cual el monje boloñés Luca Paccioli la llamó **divina proporción**. Aunque en realidad es una fórmula fría matemática que puede humanizarse si se adapta al hombre, ¡he allí el reto!, lo que la ha hecho perenne a través de los siglos. Vitruvio, el arquitecto del siglo I a.C. y quien trabajó para Julio César, habiéndonos dejado un monumental tratado de arquitectura romana en diez tomos, por demás interesante pero muy mal escrito, estableció una notable y seguramente noble afinidad entre el hombre y las figuras geométricas al descubrir que un hombre de pie con los brazos extendidos puede inscribirse en un cuadrado, pero si en cambio separa las piernas puede hacerlo entonces dentro de un círculo que tiene como centro su ombligo. Lo que trae a cuento por supuesto el dibujo más famoso de Leonardo Da Vinci.

En suma, **Vondervotteimittiss** era una proporción áurea del mundo conocido, una divina proporción. Esto no lo dice Allan Poe pero lo digo yo después de leerlo. Y los viejos y viejas que el escritor describe, y sus extrañas vestimentas, y los relojes, y las coles, y las pipas, todo, absolutamente todo, es un elemento primordial en un orden



representado por las doce campanadas. Ni una más, ni una menos. Mundo y orden que nos podrán parecer extraños en medio de la composición asimétrica de las sociedades dominadas por el caos. ¿No son así los crímenes y las guerras expresiones del desorden enfrentándose al orden? Pero de pronto, a lo lejos de la aldea aparece un singular objeto, “un pequeño jovencillo que parecía extranjero”, escribe Poe. Descendiendo por la colina con una enorme rapidez se lo pudo distinguir con claridad. El rostro negro como el humo, larga la nariz ganchuda entre los ojos como lentejas, enorme boca y magnífica hilera de dientes que se complacía en enseñar desplegando una amplia sonrisa. Patillas, bigote, casaca ajustada y colgante y esarpines con enormes lazos de raso negro. Disfrutaba del rapé con la actitud más vanidosa del mundo, saltando, brincando, dando unos pasos fantásticos. Y algo singular, aquel miserable botarate no guardaba regla alguna en su danza, pues ejecutaba tan pronto un fandango como una pirueta, “y no poseía la menor noción de lo que se llama llevar el compás”. Portaba un enorme violín. Y súbitamente se trepa al campanario, maltrata y golpea ferozmente al campanero, se apodera de la torre, del enorme, legendario y eterno reloj y hace tales maniobras que la aldea entera queda horrorizada. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! ¡Once! ¡Doce! ¡Han dado las doce! Y los viejos y las viejas, estafalariamente vestidos, guardan sus relojes de bolsillo y se quedan estupefactos. Pero... ¡trece! ¡Trece campanadas! Se origina una

espantosa escena. **Vondervotteimittis** stodo estalla de repente en un lamentable tumulto. Coles, pipas, relojes, rompen la barrera de lo normal, del orden establecido. ¡Las trece! Gatos y cerdos huyen hacia la plaza maullando y gruñendo, “produciendo –dice Poe– un espantoso aquelarre de maullidos y gruñidos. Y el tunante de la torre sacudía entre sus dientes la cuerda de la campana. ¡Las trece! ¡Las trece! ¡El horror! ¡El desconcierto! ¡El desorden! ¡El caos! El diablo descansaba sobre sus rodillas el enorme violín que rascaba sin acorde ni compás.

El lector enamorado de la literatura recordará las finales palabras de Allan Poe. “Como las cosas habían llegado a tan lamentable estado –escribe–, abandoné con repugnancia el lugar, y ahora dirijo un llamamiento a todos los amantes de la hora exacta y del buen **sauerkraut** (col ácida y fermentada). Marchemos en masa hacia el pueblo y restauremos el antiguo orden de cosas en **Vondervotteimittis**, expulsando de la torre a aquel bellaco”.

Estoy consciente de que he mezclado diversos elementos para explicar o tratar de explicar, ¡qué digo!, para entender, ¡qué digo!, para sentir mejor el mensaje de Allan Poe. Me he remontado, ¿o no lo hice?, a los griegos que llamaban simetría a la cadena de relaciones de ritmo armónico, pitagórico y platónico, adoptado para el arte del espacio y tomando como medida al hombre. Simetría que rompió, que hizo pedazos, el diablo en el campanario. No sugiero de ninguna manera, por supuesto, que algo similar haya hecho el ilustre inventor del sonido 13. No soy quien para sugerirlo. Recuérdese que he citado a Giordano Bruno que pregonaba infinidad de mundos o universos, desperdigados entre las galaxias y habitados por seres inteligentes capaces de tener artes y ciencias que nuestra imaginación ni siquiera concibe. Sin embargo yo me inclino por Platón quien decía que es imposible combinar bien dos cosas sin una tercera y que hace falta una relación entre ellas, que las una, siendo que la mejor unión en el caso es el todo. Para Vitruvio, por ejemplo, la **proporción áurea** es la que se da entre los lados más largos y los más cortos de un rectángulo. La **proporción áurea**, hay que recordarlo, pasó de Egipto a Grecia y de allí a Roma. Las más bellas esculturas y construcciones arquitectónicas están basadas en ella. Pero yo pienso que también las más bellas poesías, la

literatura entera, la pintura, el pensamiento todo, la ciencia (la llamada del espíritu y la de la naturaleza). Y la desgracia de nuestro mundo, en todos sentidos, es que esa **proporción** se va perdiendo o se va olvidando. La mecanización, el predominio de la técnica, la apatía del espíritu aplastado por la celeridad de la vida moderna, son ingredientes que paulatinamente nos van deshumanizando. ¿Será que sobrepasan las doce y llegan a las trece? ¿Estaremos cerca de las trece? ¿No habrá remedio?

Hace siglos el mundo conoció la idea del equilibrio aplicada a la realidad social, aunque no siempre con éxito. Pero esa idea estaba presente y regía en todo. La Grecia de Pericles, el Siglo de Oro ateniense, así lo confirmó. Un libro para mí extraordinario, **Gloria y Esplendor** de Taylor Caldwell, que es la historia novelada de la vida, del encuentro, de Aspasia y de Pericles tanto como de la influencia formidable de su amor, de su relación, en la **polis** de Atenas, nos identifica plenamente con la **proporción áurea** aplicada a la política. Sucedió en el acontecer social lo que en el arte escultórico y arquitectónico más refinado, lo que en la poesía, en la literatura, en el teatro. Es decir, que se buscaba y se aplicaba, llegado el caso, el equilibrio de las formas todas, de todas las manifestaciones de las formas. Algo semejante a lo que sucedería siglos después en el Renacimiento, en concreto en la Florencia de Lorenzo de Médicis el Magnífico quien patrocinó la Academia Platónica donde, por ejemplo, Miguel Ángel y Juan Pico de la Mirandola, entre otros,

reflejaban su deslumbrante humanismo en el acontecer público y social. Hoy existe una marcada **desproporción** en el mundo: violencia, guerras, terrorismo, lucha a muerte de intereses encontrados, desequilibrios de mil clases, prevalencia de los peores sobre los mejores, de los malos sobre los buenos. Lo cual sucede en el arte, en la ciencia, en la política. ¿Es el diablo en el campanario? ¿Suenan acaso las trece? Ya Allan Poe nos lo dijo dirigiendo un llamamiento a todos los amantes de la hora exacta y del buen **sauerkraut**. Marchemos, pues, en masa hacia el pueblo y restauremos el antiguo orden de cosas en **Vondervotteimittiss**, expulsando de la torre a aquel bellaco. Por mi parte soy desde luego amante de la hora exacta. Lo otro, lo de la col ácida y fermentada... va en gustos; aunque la he probado, deleitándome, acompañada de un buen tarro de cerveza. Y el restaurar el antiguo orden de cosas no equivale a un inmovilismo apático y odioso. Estoy convencido así mismo de que ese antiguo orden se debe vincular al nuevo. Y en cuanto a la hora exacta, creo en ella. Aquí en el mundo tal hora es el ancla que nos detiene en el momento que es y que pasa, que es porque se debe a otros momentos y genera los por venir. Es un ancla que se hunde en arena fértil, si cabe el término. Es el ancla de Odiseo. No encarcela, sino impulsa. ☪

(1) Edgar Allan Poe, **Narraciones Completas**, Aguilar, Madrid, 1951, con un prólogo sobre la vida y las obras de Edgar A. Poe por Charles Baudelaire. Traducción del inglés y notas por Julio Gómez de la Serna.



RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Doctor en Derecho *Magna cum Laude* por la UNAM. Distinguido penalista, profesor titular de tiempo completo en la Facultad de Derecho y titular del Seminario de Derecho Penal. Director y fundador del Posgrado de Derecho en la Universidad Autónoma de Morelos. Fue magistrado del Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal. Es miembro de número de la Academia Mexicana de Ciencias Penales y de la Asociación Internacional de Derecho Penal. Medalla al Mérito Académico (1995). Editorialista y colaborador de numerosos periódicos y revistas como *El Sol de México*, *El Día* y *Excelsior*. Autor de una vasta obra jurídica, entre cuyos títulos sobresalen *El drama penal*, *El arte del Derecho*, *El Derecho y la palabra*, *Don Juan a la luz del derecho penal* y, en coautoría con Raúl Carrancá y Trujillo, *Derecho Penal Mexicano y Código Penal Anotado*.